

Dos vasos y una redoma  
 Sostiene una blanca piedra,  
 Una grosera albornoia  
 Y un pichel con su bandeja;  
 Toda loza de Campania:  
 Al lecho me voy sin pena  
 De pensar en levantarme  
 Muy temprano, porque tenga  
 Que ir á visitar la estatua  
 De Marsias, que no se deja  
 Ver sino con grandes costos  
 De los Novios: las cubiertas  
 Dejo á la cuarta hora y salgo  
 A las forzadas haciendas;  
 Ó bien leo, ó bien escribo  
 Lo que á solas me divierta.  
 Después con aceite me unto,  
 No como se le moteja  
 Al avariento de Nata,  
 Del que en el candil le queda.  
 Cuando ya el sol más activo  
 La hora del baño me acuerda,  
 Huir procuro la estación  
 De la canícula horrenda.  
 Cómo sin ansia lo que  
 Basta para que no tenga  
 El estómago vacío.  
 Descanso en mi casa: aquesta  
 Es la vida de quien libre  
 De ambición y de soberbia  
 Se halla: así me lisonjeo

Pasármela más contenta,  
 Que si mi padre cuestor,  
 Ó mis bisabuelos fueran.

---

SÁTIRA NOVENA DEL LIBRO PRIMERO.

Iba por la Vía Sacra  
 En no sé qué bagatelas,  
 Como suelo, meditando,  
 Todo embebecido en ellas;  
 Cuando uno á quien no conozco  
 Sino de nombre, me encuentra,  
 Y asiéndome de la mano,  
 —Adiós ¿cómo estás, mi perla?  
 —Por ahora bien, digo, y quiero  
 Para ti cuanto deseas.—  
 Como vi que me seguía,  
 —¿Algo en que servirte pueda  
 Mandas?—digo, y él entonces:  
 —¿Conócesme? Soy á letras  
 Grandemente aficionado.—  
 Aquí yo: Por esa prenda  
 Tanto más te estimaré.—  
 Triste de mí, en mil maneras  
 Buscando cómo escapar,  
 Ya camino muy de priesa,  
 Ya me paro, ya al lacayo  
 Digo no sé qué á la oreja,  
 Y sudando de congoja  
 De los pies á la cabeza,

Bien haya, dije á mi sayo,  
 Bolano tu genio y flema.  
 Como sin cesar hablase,  
 Elogiando la belleza  
 De la ciudad, de los barrios,  
 Sin sacarme una respuesta,  
 —Rato ha que conozco, dijo,  
 Que escapárteme deseas;  
 Mas nada haces: yo he resuelto  
 Seguirte por donde quiera  
 Y gozar tu compañía.  
 ¿De aquí para dónde ir piensas?  
 —No vengas por mí á cansarte.  
 Lejos de aquí ver quisiera  
 A uno que tú no conoces,  
 Y hacia los huertos de César,  
 Allende del Tibre, habita.  
 —A mí el andar no me pesa,  
 Dijo, y no tengo qué hacer;  
 Te sigo en todas maneras.—  
 ¿Qué he de hacer? Como un ruin asno  
 A quien le cargan á cuestas  
 Un peso descomunal,  
 Agacho así las orejas.  
 Aquí él, tomando la mano:  
 —Si el propio amor no me ciega,  
 No tendrás amigo alguno,  
 Aunque Visco ó Vario sea,  
 Que á mí debas preferir.  
 Porque ¿quién habrá que pueda  
 Hacer más versos que yo,

Y hacerlos con tal presteza?  
 ¿Quién con más aire y más garbo  
 Los brazos mueve ó la pierna?  
 Canto de suerte que envidia  
 A Hermógenes darle pueda.—  
 Aquí era de interrumpirle  
 Oportunidad muy buena.  
 —¿Y tienes madre ó parientes  
 Que en tu salud se interesan?  
 —Ninguno me queda, dijo:  
 Con todos he dado en tierra.  
 —Dichosos. Yo quedo ahora.  
 Acábame, que me espera  
 Desde niño un signo triste,  
 Pues una sabina vieja,  
 Movida la urna divina,  
 Me cantó de esta manera:  
 «A este ni el triste veneno,  
 Ni la espada en cruda guerra,  
 Ni algún dolor de costado,  
 Ni la tos con fiebre lenta,  
 Ni la gota ha de matar.  
 Do y cuando quiera que muera,  
 Un hablador importuno  
 De sus huesos dará cuenta.  
 Por tanto, en llegando á edad,  
 Evite con diligencia  
 Todo hablador y pedante.»  
 En esto al templo de Vesta  
 Llegábamos, y del día  
 Más de las cuatro horas eran.

Acaso estaba él citado  
 Para que compareciera  
 En juicio aquella mañana,  
 Y de no hacerlo era fuerza  
 Perder de contado el pleito.  
 —Si bien me quieres, espera  
 Aquí un momento, me dice.  
 —Si puedo aguardar, perezca  
 Yo aquí: si quiero mezclarme  
 En civiles trabacuentas,  
 Y en priesa voy donde sabes.  
 —No sé qué hacerme, si deba  
 Dejarte ahí, ó dejar antes  
 De hacer esta diligencia.  
 —A mí.—No haré tal, me dijo,  
 Y tomó la delantera.  
 Yo, como es duro porfiar  
 Con el vencedor, paciencia;  
 Lo sigo. Pregunta entonces:  
 —¿Cómo te va con Mecenas?  
 Entre los muy raros hombres  
 De talento y de prudencia,  
 Ninguno ha de la fortuna  
 Usado con más destreza.  
 Un gran compañero habrías,  
 Y que siempre te cediera  
 El primer puesto, si á mí  
 Introducirme quisieras.  
 Mal á mí, si á los demás  
 Todos no echases por tierra.  
 —No se vive allí, le dije,

De la manera que piensas.  
 No hay trato en Roma más limpio,  
 Ni casa que más ajena  
 Esté de tramas é invidias;  
 Cada uno según sus prendas  
 Su propio lugar ocupa.  
 —Gran cosa es la que me cuentas,  
 Y que apenas es creíble.  
 —Pues es así como suena.  
 —Con esto me enciendes más  
 Para que yo ser pretenda  
 Uno de sus familiares.  
 —Seráslo; si tú te empeñas,  
 Pues es tal su condición,  
 Que no dudo que lo obtengas;  
 Y más con un hombre que  
 Muy fácilmente se deja  
 Doblegar, aunque es difícil  
 Con él la entrada primera.  
 —Haré cuanto quepa en mí.  
 Con cohechos y promesas  
 Me ganaré sus criados,  
 Y no porque una vez sea  
 Despedido ó desairado  
 Abandonaré la empresa.  
 Buscaré oportunidades  
 En las esquinas con treta,  
 Sabré hacerme enconradizo,  
 Me mezclaré con destreza  
 Entre la su comitiva.  
 Nada en el mundo sin pena,

Y sin trabajo se logra.—  
 En esto, hete aquí que llega  
 Tusco Aristio, amigo mío,  
 Y que conocía la bernia.  
 Parámonos, y—¿de dónde  
 Vienes, y adónde la llevas?—  
 Pregunta, y responde: yo,  
 Para que me redimiera,  
 Ya le pellizco los brazos  
 Insensibles como piedra,  
 Ya con el codo le doy,  
 Mil ademanes, y muecas  
 Mil haciendo, y retorciendo  
 Los ojos en mil maneras.  
 El mal bufón, como si  
 Mi congoja no entendiera,  
 Disimulaba y reía.  
 A mí el riñón se me quema  
 De la cólera y la rabia.  
 —¡Ah! sí, digo, se me acuerda  
 Que en secreto no sé qué  
 Días pasados me dijeras  
 Que hablar conmigo querías.  
 —Sí, dijo, pero no es esta  
 Ocasión de esto; hablaremos,  
 Que hoy es el sábado treinta.  
 ¿Acaso quieres burlarte  
 De los ritos y neomenias  
 De los cortados judíos?  
 —Yo no hago escrúpulo de esas  
 Observancias.—Pues yo sí,

Que en esto soy de conciencia  
 Delicada, uno de tantos.  
 Excúsame, y esto deja  
 A tiempo más oportuno.—  
 ¡Que una mañana tan negra  
 Para mí haya amanecido!  
 El socarrón con presteza  
 Se me escapa, y á mí triste  
 Bajo el martillo me deja.  
 Pero por fortuna mía  
 En el camino lo encuentra  
 Su adversario, y con mil gritos,  
 —¿Adónde vas, sinvergüenza?—  
 Y vuelto á mí:—¿Podrás serme  
 Testigo tú?—Doy la oreja  
 Yo prontamente: arrebatada  
 Con él, y á juicio lo lleva.  
 La plebe, de todas partes  
 Acude en tropa, y lo cerca.  
 Gritos, algazara: así  
 Apolo me sacó de esta.

---

 EPÍSTOLA SEXTA DEL LIBRO PRIMERO.

No admirar ni extrañar nada  
 La única cosa es, Numicio,  
 Que hacer el ánimo humano  
 Puede y conservar tranquilo.  
 Este sol, estas estrellas  
 Y estaciones que con fijos